

Fragmento

# El despertar de la señorita Prim

Natalia Sanmartin Fenollera



Una deliciosa historia sobre la belleza de las pequeñas cosas

*A mis padres, Miguel y Cuca,  
con amor, gratitud y admiración*

Creen que añoran el pasado,  
pero en realidad su añoranza  
tiene que ver con el futuro.

JOHN HENRY NEWMAN

En San Ireneo de Arnois todo el mundo comentó la llegada de la señorita Prim. La tarde en que la vieron cruzar el pueblo era tan solo una postulante camino de una entrevista, pero los habitantes del lugar se conocían lo suficiente como para saber que una vacante allí era un bien efímero. Muchos de ellos todavía recordaban lo ocurrido años atrás con la maestra de la escuela infantil. Hasta ocho candidatas acudieron entonces, pero solamente a tres de ellas les fue permitido exponer sus talentos. Ello no revelaba desinterés por la educación —en San Ireneo de Arnois el nivel educativo era exquisito—, sino el convencimiento de sus habitantes de que no por mucho escoger hay más posibilidades de acertar. La propietaria de la papeleería, una mujer capaz de destinar toda una tarde a decorar un simple pliego de papel, no dudó en calificar de extravagancia la posibilidad de dedicar más de una mañana a la selección de una maestra. Todos se mostraron de acuerdo. En aquella comunidad eran las familias, cada una en función de su perfil, su ambición y sus posibilidades, las encargadas de formar intelec-

tualmente a sus hijos. La escuela era vista como un elemento subsidiario —indeseable, pero necesario— en el que se apoyaban buena parte de los padres de familia. Buena parte, pero no todos. Así que, ¿por qué dedicarle tanto tiempo?

A los ojos de los visitantes, San Ireneo de Arnois parecía un lugar anclado en el pasado. Rodeadas de jardines repletos de rosas, las antiguas casas de piedra se alzaban orgullosas en torno a un puñado de calles que desembocaban en una bulliciosa plaza. Allí reinaban pequeños establecimientos y comercios que compraban y vendían con el ritmo regular de un corazón sano. Los alrededores del pueblo estaban salpicados de minúsculas granjas y talleres que aprovisionaban de bienes las tiendas del lugar. Era una sociedad reducida. En la villa residía un laborioso grupo de agricultores, artesanos, comerciantes y profesionales, un recogido y selecto círculo de académicos y la sobria comunidad monacal de la abadía de San Ireneo. Aquellas vidas entrelazadas formaban todo un universo. Eran los engranajes de una comunidad de pequeños propietarios que se enorgullecía de autoabastecerse a través del comercio, la producción artesanal de bienes y servicios y el encanto de la cortesía vecinal. Probablemente tenían razón los que decían que parecía un lugar anclado en el pasado. Y sin embargo, apenas unos años atrás, nadie hubiese vislumbrado allí ni un ligero atisbo del vivo y alegre mercado que ahora recibía a los visitantes.

¿Qué había ocurrido en aquel intervalo? Si la señorita Prim de camino a su nuevo empleo hubiese

preguntado a la dueña de la papelería, ésta le habría explicado que aquel misterio de prosperidad era fruto de la tenacidad de un hombre joven y de la sabiduría de un viejo monje. Pero, como la señorita Prim, en su apresurado paseo rumbo a la casa, no reparó en el hermoso establecimiento, su dueña no pudo revelarle con orgullo que San Ireneo de Arnois era, en realidad, una floreciente colonia de exiliados del mundo moderno en busca de una vida sencilla y rural.

I

---

EL HOMBRE DEL SILLÓN

Exactamente en el mismo momento en que el pequeño Septimus se desperezaba tras su siesta, metía sus dos pies de once años en unas zapatillas para unos pies de catorce y se acercaba a la ventana de su cuarto, la señorita Prim cruzaba la oxidada verja del jardín. El niño la miró con curiosidad. A primera vista no mostraba aspecto de estar nerviosa, ni siquiera un poco asustada. Tampoco tenía aquel aire amenazador que poseía el anterior encargado, ese aparentar saber perfectamente qué clase de libro iba a pedir cualquiera que se atreviese a pedir uno.

—A lo mejor nos gusta —se dijo frotándose los ojos con las dos manos. Después se alejó de la ventana, se abrochó con prisas la chaqueta y bajó las escaleras dispuesto a abrir la puerta.

La señorita Prim, que en aquel momento avanzaba tranquilamente entre macizos de hortensias azules, había comenzado la jornada convencida de que aquél era el día que había esperado toda su vida. A lo largo de los años había fantaseado sobre una oportunidad como aquélla. La había dibujado, la había imaginado,



había reflexionado sobre cada uno de sus detalles. Y sin embargo, aquella mañana, mientras avanzaba a través del jardín, Prudencia Prim tuvo que reconocer que en su corazón no había ni la más remota aceleración, ni la más leve agitación que indicase que el gran día había llegado.

La observarían con curiosidad, eso lo sabía. La gente solía mirarla así, era muy consciente de ello. Como también sabía que no se parecía en nada a quienes acostumbraban a examinarla de aquel modo hostil. No todo el mundo era capaz de admitir haber sido víctima de un fatal error histórico, se decía a sí misma con orgullo. No todo el mundo vivía, como ella lo hacía, con la permanente sensación de haber nacido en un momento y un ambiente equivocados. Ni siquiera todo el mundo podía ser consciente, como ella lo era, de que todo lo que valía la pena admirar, todo lo hermoso, todo lo excelso, parecía estar desapareciendo sin apenas dejar rastro. El mundo, se quejaba Prudencia Prim, había perdido el gusto por la armonía, el equilibrio y la belleza. Y no todos podían ver esa verdad; como tampoco podían sentir todos en su interior la firme resolución de resistir.

Fue precisamente esa férrea decisión lo que impulsó a la señorita Prim, tres días antes de atravesar el paseo de hortensias, a contestar un breve anuncio publicado en el periódico:

*Se busca espíritu femenino en absoluto subyugado por el mundo. Capaz de ejercer de bibliotecaria para un caballero y sus libros. Con facilidad para convivir con perros y niños.*

*Mejor sin experiencia laboral. Abstenerse tituladas superiores y posgraduadas.*

La señorita Prim solo respondía en parte a aquel perfil. No estaba en absoluto subyugada por el mundo, eso era claro. Como también lo era su indudable capacidad para ejercer de bibliotecaria de un caballero y sus libros. Pero no tenía experiencia en tratar con niños y con perros, y mucho menos en convivir con ellos. Sin embargo, siendo sincera, lo que más le preocupaba era la dificultad de hacer encajar su perfil en aquel «abstenerse tituladas superiores y posgraduadas».

La señorita Prim se consideraba a sí misma una mujer intensamente titulada. Licenciada en Relaciones Internacionales, Ciencias Políticas y Antropología, era doctora en Sociología y especialista en biblioteconomía y arte ruso medieval. La gente que la conocía miraba con curiosidad aquel currículum extraordinario, más aún cuando su titular era una sencilla administrativa sin ambiciones conocidas. Ellos no entendían, se decía a sí misma con displicencia; no entendían la idea de excelencia. ¿Cómo podían hacerlo en un mundo en el que nada significaba ya lo que debía significar?

—¿Es usted *su* nueva bibliotecaria?

La aspirante inclinó la cabeza sorprendida. Allí, bajo el porche de lo que parecía ser la entrada principal de la casa, se encontró con la mirada de un niño de cabello rubio y gesto ceñudo.

—¿Es usted o no lo es? —insistió el pequeño.

—Supongo que aún es pronto para decirlo —respondió ella—. Estoy aquí por el anuncio que ha puesto tu padre.

—Él no es *ningún* padre —dijo únicamente el niño antes de dar media vuelta y precipitarse corriendo al interior de la casa.

La señorita Prim contempló desconcertada el umbral de la puerta. Estaba completamente segura de haber leído en el anuncio una mención explícita a un caballero con niños. Naturalmente, no era necesario que un caballero tuviese hijos, ella había conocido a lo largo de su vida a algunos sin ellos; pero cuando una frase unía la palabra *caballero* con la palabra *niños*, ¿qué otra cosa cabía pensar?

Fue en ese momento cuando levantó la vista y se fijó por vez primera en la casa. Había cruzado el jardín tan embebida en sus pensamientos que ni siquiera había reparado en ella. Era un edificio viejo, de descolorida fachada roja, lleno de ventanas y puertaventanas que comunicaban con el jardín. Una pesada construcción desconchada, con los muros cubiertos de rosales trepadores que no parecían haber conocido jamás un jardinero, repleta de grietas y rendijas. El porche delantero, formado por cuatro viejas columnas sobre las que pendía una enorme glicinia, ofrecía un aspecto imponente y desolador.

—Debe de ser helada en invierno —murmuró.

Entonces consultó su reloj; ya era casi media tarde. Todas las ventanas estaban abiertas de par en par y el fresco viento de septiembre movía caprichosamente las cortinas, blancas y ligeras como velas. «Parece un

buque —pensó—, un viejo buque encallado.» Y dando un rodeo, se acercó a la primera ventana, dispuesta a encontrar a un anfitrión que hubiese alcanzado, al menos, la mayoría de edad.

Nada más acercarse a la ventana, la señorita Prim descubrió una habitación grande, muy desordenada, repleta de libros y niños. Había más libros que niños, muchos más, pero por alguna razón el reparto de fuerzas producía la impresión de estar equilibrado. La aspirante contó treinta brazos, treinta piernas y quince cabezas. Sus propietarios se encontraban desperdigados sobre la alfombra, tumbados en viejos sofás, acurrucados en desvencijadas butacas de cuero. También observó dos enormes perros echados a cada uno de los lados de un sillón colocado frente a la chimenea, de espaldas a la ventana. El niño que la había recibido en el porche estaba allí, sobre la alfombra, concienzudamente inclinado sobre un cuaderno. Los demás levantaban la cabeza de vez en cuando para responder a un interlocutor cuya voz parecía brotar directamente del sillón frente a la chimenea.

—Vamos a empezar —dijo el hombre del sillón.

—¿Nos dejas pedir pistas? —preguntó uno de los pequeños.

Por toda respuesta, la voz masculina se limitó a recitar:

*Ultima Cumaei venit iam carminis aetas;  
magnus ab integro saeculorum nascitur ordo:*

*iam redit et Virgo, redeunt Saturnia regna;  
iam nova progenies caelo demittitur alto.*

—¿Y bien? —preguntó al finalizar.

Los niños guardaron silencio.

—¿Podría ser Horacio? —preguntó uno de ellos con timidez.

—Podría ser Horacio —respondió el hombre—, pero no lo es. Vamos, intentadlo otra vez. ¿Quién se atreve a traducirlo?

La aspirante, que contemplaba la escena agazapada tras los gruesos cortinones que enmarcaban los visillos, pensó para sí que la pregunta era excesiva. Aquellos niños eran demasiado pequeños para reconocer una obra a través de una única cita, más aún si esa cita era en latín. Pese a haber leído a Virgilio con placer, la señorita Prim no aprobaba aquel juego, no lo aprobaba en absoluto.

—Voy a ayudaros un poco —continuó la voz desde el sillón—. Estos versos fueron dedicados a un político romano de comienzos del Imperio. Un político que llegó a ser amigo de grandes poetas que ya hemos estudiado, como Horacio. Uno de esos amigos le dedicó estas líneas por haber mediado en la Paz de Brundisium, que, como sabéis —o deberíais saber—, puso fin a un enfrentamiento entre Antonio y Octavio.

El hombre calló y miró a los niños, o eso imaginó la señorita Prim desde su escondite, en un gesto de muda interrogación que no obtuvo respuesta. Solamente uno de los perros, como si quisiera dar testimonio de su interés por aquel evento histórico, se incorporó

lenta y perezosamente, se acercó a la chimenea y se tumbó de nuevo sobre la alfombra.

—Estudiamos todo esto, absolutamente todo, la primavera pasada —se lamentó el hombre entonces.

Los niños, sin levantar la cabeza, mordisqueaban pensativamente los bolígrafos, balanceaban despreocupadamente los pies, apoyaban las mejillas en las manos.

—Pandilla de bestias ignorantes —insistió la voz con irritación—, ¿qué demonios os pasa hoy?

La señorita Prim sintió que una ola de calor le subía al rostro. Ella no tenía experiencia alguna con criaturas, eso era cierto, pero era maestra en un arte llamado delicadeza. La señorita Prim creía firmemente que la delicadeza era la fuerza que movía el universo. Allí donde faltaba, lo sabía por experiencia, el mundo se volvía oscuro y tenebroso. Indignada por la escena y algo entumecida, trató de moverse con cuidado en su escondrijo, pero el inesperado gruñido de uno de los perros la hizo desistir del intento.

—Está bien. —El tono del hombre se suavizó—. Vamos a probar con otro mucho más fácil.

—¿Del mismo autor? —preguntó una niña.

—Exactamente del mismo. ¿Estáis preparados? Solo voy a recitar media línea:

... *facilis descensus Averno...*

Una inesperada ola de brazos levantados y de ruidosas exclamaciones de triunfo hizo evidente que esta vez los pupilos conocían la respuesta.

—¡Virgilio! —gritaron a una en un coro estridente—. ¡Es la *Eneida*!

—Eso es, eso es —rió el hombre satisfecho—. Y lo que antes os recitaba eran las *Églogas*, la *IV Égloga*. Por lo tanto, el estadista romano que fue amigo de Virgilio y de Horacio es...

Antes de que ninguno de los niños pudiera contestar, la voz clara y musical de la señorita Prim emergió de las cortinas y llenó la habitación.

—Asinio Polión, naturalmente.

Quince cabezas infantiles se giraron al unísono hacia la ventana. Sorprendida por su propia audacia, la aspirante dio un paso atrás de forma instintiva. Solo la conciencia de su propia dignidad y la importancia del motivo de su presencia le impidieron salir corriendo.

—Lamento infinitamente haber entrado de esta manera —dijo mientras se adelantaba despacio hasta el centro de la habitación—. Sé que debería haber llamado, pero el pequeño que me abrió la puerta me dejó sola en el porche. Así que se me ocurrió acercarme a la ventana y fue entonces cuando les escuché hablar de Virgilio y Polión. Lo siento mucho, muchísimo, señor.

—¿Es usted la solicitante del puesto de bibliotecaria?

El hombre se puso en pie e hizo la pregunta con suavidad, como si no se hubiese dado cuenta de que una desconocida acababa de irrumpir en su salón a través de una ventana. «Es un caballero —pensó la señorita Prim con admiración—, un verdadero caballe-

ro.» Tal vez le había juzgado con precipitación; probablemente había sido demasiado osada.

—Sí, señor. Llamé esta mañana. He venido en respuesta al anuncio.

El hombre del sillón la contempló unos segundos, los justos para darse cuenta de que la mujer que tenía ante sus ojos era demasiado joven para el puesto.

—¿Ha traído usted su currículum, señorita...?

—Prim, señorita Prudencia Prim —contestó ella.

E inmediatamente añadió a modo de disculpa:

—Sé que no es un nombre convencional.

—Yo diría que es un nombre con carácter. Pero si no le importa, vayamos antes de nada a su currículum. ¿Lo ha traído con usted?

—En el anuncio decía que la candidata no debía tener titulaciones, así que pensé que no me lo pedirían.

—Entiendo que no tiene titulaciones superiores, entonces. Me refiero a ninguna titulación fuera de ciertas nociones de biblioteconomía, ¿no es así?

La señorita Prim guardó silencio. Por alguna razón, una razón que desconocía, la conversación no discurría por los derroteros que ella había imaginado.

—En realidad, tengo algunas titulaciones —dijo tras una pausa—. Unas cuantas... bastantes, quizá.

—¿Bastantes? —El hombre del sillón endureció ligeramente el tono de su voz—. Señorita Prim, me parece que el anuncio era muy claro.

—Sí que lo era —dijo ella con rapidez—, por supuesto que lo era. Pero permítame explicarle que yo no soy una persona convencional desde el punto de



vista académico. Nunca he pretendido sacar partido profesional a mis titulaciones, no las utilizo, no hablo nunca de ellas y, desde luego —hizo una pausa para respirar—, puede usted estar seguro de que no interferirán en mi trabajo.

Cuando terminó de hablar, la bibliotecaria advirtió que los niños y los perros llevaban un buen rato contemplándola en silencio. Recordó entonces lo que el pequeño del porche había dicho sobre el hombre con el que estaba hablando. ¿Era posible que entre todo aquel ejército de criaturas no hubiese ni un solo hijo suyo?

—Dígame —insistió él—, ¿de qué titulaciones estamos hablando? Es más: ¿de cuántas?

La aspirante tragó saliva mientras pensaba cuál podía ser la mejor forma de afrontar aquella espinosa cuestión.

—Si me deja un papel, señor, puedo hacerle un breve esquema.

—¿Hacerme un breve esquema? —exclamó él con estupor—. ¿Pero ha perdido usted el juicio? ¿Por qué una persona cuyas titulaciones requieren exponerse en un breve esquema se presenta a un puesto que excluye titulaciones?

La señorita Prim dudó un instante antes de contestar. Naturalmente, quería decir la verdad, debía decir la verdad, deseaba urgentemente hacerlo; pero sabía que si lo hacía no conseguiría el empleo. No podía decir que había sentido un palpito al leer el anuncio. No podía explicar que se le había acelerado el pulso, que se le había nublado la vista, que en aquellas pocas

líneas había vislumbrado un repentino amanecer. Mentir, por otra parte, estaba descartado. Aunque quisiese, y definitivamente ella no quería, estaba aquel penoso asunto del enrojecimiento de su nariz. La señorita Prim poseía una nariz dotada de gran sensibilidad moral. No enrojecía ante los cumplidos, tampoco lo hacía ante los gritos, no había retrocedido jamás frente a un desplante, ni siquiera lo había hecho ante un insulto. Pero ante la mentira, ante la mentira no había nada que hacer. Una involuntaria inexactitud, una sola exageración, algún inocente engaño y su nariz se encendía espléndida como una llama.

—¿Y bien? —la interrogó el hombre del sillón.

—Buscaba un refugio —dijo ella bruscamente.

—¿Un refugio? ¿Quiere decir un lugar donde vivir? —El hombre se miró los zapatos con gesto inquieto—. Señorita Prim, le ruego de antemano que me perdone por lo que voy a decir. La pregunta que voy a hacerle es delicada y me resulta muy difícil formularla, pero tengo el deber de hacerlo. ¿Tal vez está usted en dificultades? ¿Algún malentendido? ¿Un incidente desgraciado? ¿Quizá una pequeña irregularidad legal?

La bibliotecaria, que provenía de una familia reciamente entrenada en la grandeza de la virtud civil, reaccionó viva y calurosamente ante aquella acusación.

—¡Por supuesto que no, señor, absolutamente no! Soy una persona honorable, pago mis impuestos, abono las multas de tráfico, realizo pequeñas donaciones a la beneficencia. Nunca he cometido un acto delictivo, tampoco una falta. No hay un solo borrón en mi

historial ni en el de mi familia. Si usted quiere comprobar...

—No hace falta, señorita Prim —respondió él desconcertado—. Permítame que le pida disculpas, es evidente que he malinterpretado sus palabras.

La aspirante, perfectamente compuesta unos minutos antes, parecía ahora profundamente alterada. Los niños la observaban sin decir palabra.

—No comprendo cómo ha podido usted pensar algo así —se lamentó.

—Perdóneme, se lo ruego —insistió el hombre de nuevo—. ¿Cómo puedo compensarla por esta grosería?

—*Podemos* contratarla. —La voz del desgreado niño del porche brotó inesperadamente desde las profundidades de la alfombra—. Tú *siempre* dices que hay que hacer lo que en justicia hay que hacer. Tú *siempre* lo dices.

El hombre del sillón pareció desconcertado durante un instante. Después sonrió al pequeño, asintió suavemente con un gesto y se acercó a la candidata con aire compungido.

—Señorita Prim, creo que una mujer que soporta una grosería como la que yo acabo de cometer sin dar media vuelta e irse tiene toda mi confianza, sea cual sea la tarea que le sea encomendada. ¿Haría usted el favor de aceptar el empleo?

La aspirante abrió la boca para decir no, pero inmediatamente tuvo una visión fugaz. Contempló las largas y oscuras jornadas de trabajo en su oficina, escuchó tediosas conversaciones sobre deportes, recordó

sonrisas burlonas y miradas maledicentes, rememoró groserías dichas casi a media voz. Después volvió en sí y tomó una decisión. Al fin y al cabo, él *era* un caballero. ¿Y quién no querría trabajar para un caballero?

—¿Cuándo empezamos, señor? —Y sin esperar respuesta, dio media vuelta y salió por la ventana dispuesta a recoger sus maletas.